

Juan Abal Medina (h)

LA MUERTE Y LA RESURRECCIÓN DE LA REPRESENTACIÓN POLÍTICA

Introducción

Nosotros, en nuestros recuerdos, estamos muy centrados en la muerte rápida de la democracia: un golpe, la marchita, los tanques en la calle, un adusto general que nos promete la salvación. Pero la democracia se muere también de muerte lenta. Son procesos en los que nunca hay un episodio que aparezca como decisivo, sino que hay una corrosión donde vamos perdiendo libertades, el régimen democrático va perdiendo legitimidad, donde los políticos se encapsulan en juegos cada vez más autistas.

O'Donnell, Guillermo
entrevista en suplemento Zona, *Clarín*.

Este libro propone un recorrido histórico-conceptual a través de las distintas etapas que los individuos hemos atravesado en nuestra evolución política, intentando desglosar aquellos elementos que resulten explicativos de la realidad contemporánea. Abordaremos en este viaje los múltiples significados de la democracia, así como los problemáticos escenarios de la representación, con el propósito de descubrir cuál fue la verdadera naturaleza de los regímenes políticos que la modernidad vio nacer y cuál es la relación existente entre ellos y las democracias contemporáneas.

Dado el carácter libre y provocador de la temática decidimos abandonar la acartonada escritura científica estándar, optamos por la técnica del ensayo, que con su mayor libertad permite más soltura y frescura, dos componentes que lamentablemente no abundan en las producciones contemporáneas de las ciencias políticas.

La intuición que guía estas reflexiones sugiere que los regímenes políticos que se han ido desarrollando tras la "ruptura moderna" del antiguo orden, es decir, las llamadas democracias indirectas, se caracterizan por garantizar determinados derechos y libertades a todos sus miembros, quienes a su vez periódicamente eligen a sus gobernantes dentro de un marco de elecciones incluyentes, libres y

competitivas. En contraste con lo que usualmente se piensa, nuestras actuales formas de gobierno no son la aplicación a una escala mayor de la democracia clásica que existió en Grecia, sino más bien un sistema absolutamente distinto que sólo comparte con aquél el nombre.

Quienes diseñaron las actuales formas de gobierno se preocuparon por señalar claramente esta distinción, aunque dejando en claro que la democracia moderna era mucho mejor que la inventada por los griegos. Si la idea central de la democracia era la de erigirse en “gobierno del pueblo” o autogobierno, como su nombre lo indica, las nuevas formas políticas se basaron en la idea de representación a la hora de diseñar sus instituciones políticas. Así, se llegó incluso a prohibir el autogobierno como forma de dirimir la puja por el poder, tal como lo señala, por ejemplo, el artículo 22 de nuestra Constitución Nacional:

El pueblo no delibera ni gobierna sino por medio de sus representantes y autoridades creadas por esta Constitución. Toda fuerza armada o reunión de personas que se atribuya los derechos del pueblo y peticione a nombre de éste, comete delito de sedición.

En las actuales democracias han cambiado los dos pilares centrales de la democracia clásica, la selección de los gobernantes por procedimientos de sorteo y la Asamblea, esa “reunión de personas” de la que habla nuestra Carta Magna, y han sido reemplazados por otros dos componentes: los partidos políticos y las elecciones periódicas. Es justamente con este pasaje cuando la idea de participación directa da lugar a la idea de representación como concepto central en el proceso de legitimación política.

Si bien esta noción de representación funcionó adecuadamente a lo largo de los últimos doscientos años, el punto esencial es que actualmente ya no lo hace y, por lo tanto, se presenta una profunda sensación de crisis. En este sentido, sostenemos que la “crisis política” que se percibe desde fines de los años sesenta en los países centrales y desde los ochenta en América Latina se corresponde con las transformaciones sociales acontecidas desde mediados del siglo XX. Tales transformaciones, al complejizar y diversificar las interacciones humanas, restan credibilidad a la metáfora representativa, en tanto artefacto capaz de volver a presentar lo social en lo político y, por consiguiente, van vaciando de legitimidad a los regímenes políticos, que aún no logran inventar una ficción legitimante “que funcione” adecuadamente. Desprovista de su sustrato social, la representación actual parece no poder escapar de una autorreferencialidad que la vuelve muy débil.

La búsqueda de soluciones capaces de reelaborar el contenido de la actual representación constituye una preocupación insoslayable. Para encontrar la solución de tal dilema quizás debamos volver sobre

nuestros pasos y buscar en la vieja idea de la democracia como autogobierno las claves que permitan fortalecer a la debilitada representación contemporánea. Para ello, un excelente comienzo es la recuperación de la participación como instancia refundadora, abriendo mayores espacios a las instituciones participativas actualmente existentes para que puedan llenar de contenido al deslucido concepto.

La primera parte del libro analiza el camino que atravesamos los seres humanos en nuestra evolución política, desde la democracia clásica hasta el nacimiento de las actuales formas representativas. Posteriormente, se examina el funcionamiento real de las instituciones representativas mediante tres modelos sucesivos de política que permiten ordenar la argumentación. Finalmente, en la tercera parte se aborda el funcionamiento actual de la democracia representativa y la sensación de “crisis” que la afecta, para concluir con algunas posibles respuestas a los problemas contemporáneos.

)))

Tercera parte

¿La muerte de la representación?

(fragmento)

La sociedad fragmentada

—Ha estado bien esta tarde... —dije al final, desesperado. Me había alejado demasiado de la gente, había vivido muy solo, ya no tenía la menor idea de cómo relacionarme con nadie.

—Oh, sí, ha estado bien... —contestó ella; no era exigente; era realmente una chica estupenda. Sin embargo, en cuanto el autobús llegó al hotel, me precipité hacia el bar.

Michel Houellebecq, *Plataforma*

Durante decenas de años el juego representativo funcionó de modo satisfactorio en la política occidental. Las sociedades modernas, como ya se mencionó, eran por naturaleza heterogéneas y en ellas los partidos congregaban a individuos más o menos semejantes en

términos de estatus socioeconómico, creencias religiosas, actitudes y visiones del mundo, oponiéndolos a quienes se diferenciaban en dichos aspectos. Así, los partidos “estructuraban” el campo político, representando en él a los actores sociales.

En los hechos, pareciera ocurrir que el juego de la política de masas ha terminado en el modelo electoral y en la sociedad contemporánea. Desde los años ochenta, los teóricos no cesan de hablarnos de la crisis de los partidos, de crisis de la política o, incluso, de la crisis de la democracia. Los ciudadanos se alejan de lo político aun en aquellos países donde la democracia significó un precioso bien costosamente conseguido, como en América Latina o en Europa del Este.

La principal causa de estos fenómenos es la pérdida de credibilidad de la metanarración representativa como “parte de las narraciones emancipatorias míticas de legitimación” del orden político. Asistimos a su progresivo debilitamiento como “ficción organizacional efectiva”, en una sociedad que vive desde los setenta un fuerte proceso de diferenciación social. En el juego político, los *espectadores-representados* ya no se sienten más identificados con los *actores-representantes*.

Para algunos, esto significa que la posmodernidad ha arribado a la política. Como sostiene Gilles Lipovetsky, el posmodernismo no es más que la última y más radical fase del proceso de desencantamiento: la modernidad se desencanta de sí misma y en una política desencantada no hay lugar para la representación. El “tiempo posmoderno” sería la fase fría y desencantada del modernismo, la generalización del proceso de personalización que avanza por todo el espacio social, haciendo estallar por los aires la ilusión moderna de la re-presentación política del mundo. En esta etapa, el proceso de individuación niega cualquier pretensión de reunificar lo social, y se pierde la fe en la capacidad humana de producir e, incluso, pronosticar el futuro.

Ante la indetenible fragmentación de lo social, se van desvaneciendo los grupos sociales, los intereses se formulan permanentemente en una clave cada vez más individualizada, y van perdiendo sentido todas las identidades colectivas, como las clases sociales o las naciones. Como diría Luhmann, el concepto de sociedad mismo es arrastrado a la vorágine deconstructivista que intensifica la “diferenciación de las subesferas” para sostener una “sociedad sin centro”. Es decir, las unidades homogéneas que constituyen una sociedad heterogénea son cada vez más reducidas, más contrastantes y más difíciles de ordenar según patrones valorativos o ideológicos.

Los diversos “juegos de lenguaje”⁹ que pueblan las sociedades históricas posteriores a la ruptura moderna del orden global se

⁹ Explica Nun: “Sabemos que el sentido es siempre un emergente de las prácticas sociales y dado que estas prácticas se organizan en múltiples esferas que poseen

complejizan y diferencian a una velocidad arrolladora, provocando que la creencia ilustrada en la capacidad articuladora de la política se desvanezca. El orden social se ha fracturado y en los países coexisten procesos de globalización financiera, comercial y cultural con profundas y crecientes divisiones internas. Así, representar lo social parece volverse imposible, pues no hay forma de establecer relaciones homológicas en ese juego fracturado, cambiante, heterogéneo y complejo en el que se ha convertido la sociedad.

Parece que es el propio individuo contemporáneo el que ya no actúa de una única forma. Es propenso a la angustia y a la depresión; cuidadoso de su salud, arriesga felizmente su vida en autopistas o escalando montañas; formado en el universo científico, es permeable a la magia y a todo tipo de esoterismos; alérgico al esfuerzo y a la disciplina, es capaz de sufrir con severas dietas o rigurosas prácticas deportivas. En fin, el individuo posmoderno, lejos de ser el fruto de un sólo patrón de comportamiento, es prácticamente la coexistencia de contrarios y la fragmentación del “yo”.

El imparable avance de la racionalidad formal, que percibió con tanta claridad Max Weber, correspondía a una etapa histórica en la que a la pérdida de la unidad (religiosa) del mundo y la relativización de los valores que ésta trajo aparejada se le opuso, como única forma de evitar el desorden y la anomia social, la privatización de lo moral, de la fe y de lo estético, neutralizando lo público, o sea formalizándolo. Lo posmoderno, sostiene Norbert Lechner, puede ser visto como la respuesta a las pretensiones holísticas de la racionalidad formal en el ámbito público.

Esa pretensión de exclusividad es rechazada en el posmodernismo como otra de las “ilusiones modernas”, pues se asume que la heterogeneidad social constituye una situación que escapa largamente a la voluntad de los actores. Así, muchos autores posmodernos señalan que quien persevera en los ideales de la Ilustración se hace sospechoso de totalitarismo porque aspira a una “ilustración total”.

pautas de interacción específicas, se sigue que en toda sociedad hay distintos niveles discursivos cuyos criterios de racionalidad y cuyas reglas interpretativas nada autoriza a suponer unívocos u homogéneos”.